

Averroes: la semilla sembrada en busca de la verdad posible

Enrique Ferrer-Corredor*

—El color de los pájaros —dijo Averroes— parece facilitar el portento. Además, los frutos y los pájaros pertenecen al mundo natural, pero la escritura es un arte. Pasar de hoja a pájaros es más fácil que de rosas a letras.

J.L. Borges, En la busca de Averroes.



Estatua de Averroes en Córdoba, España. Escultor: Pablo Yusti Conejo, 1967. Fuente: <https://es.wikipedia.org/>

Una brisa fría sopla de un lado al otro del puente romano de Córdoba, Averroes (*Abū l-Walīd' Aḥmad ibn Muḥammad ibn Rušd*) camina de un lado a otro del río Guadalquivir, ajusta su túnica y se esconde en su turbante, la mezquita va revelando su geometría secreta ante su mirada escrutadora. Córdoba ha sido el centro de la cultura del Al-Ándalus a lo largo de esa larga estancia del mundo árabe en la península ibérica (desde el 711), pronto se erigió en la capital del Califato, incluso siguió siendo el escenario privilegiado del comercio y de los sabios cuando el dominio árabe se fragmentó bajo el Califato Omeya. Muchos nombres ilustres han brotado de las entrañas de esta ciudad, en tiempos ya lejanos Séneca; por estos siglos de nuestro relato Averroes y Maimónides; el futuro hablará de Góngora y otros tantos ilustres, herederos de su riqueza producto del intercambio de heridas entre los pueblos de Europa, África y el Oriente Medio, incluso de la India contada por los árabes. Averroes suele recorrer las calles de la ciudad en este siglo XII en el que transcurren sus laboriosas e incesantes indagaciones sobre cómo es posible el mundo. Pero a esta hora su destino no es la meditación, aunque sus caminos de la ciencia nunca se aparten

* Director de la *Revista Papeles* (UAN), profesor de la Universidad Externado. Correo electrónico: enfer48@hotmail.com

del Corán. Dobla a la izquierda mientras disfruta del sonido del agua, va camino de su zoco favorito en busca de hierbas y frutas para refrescar su dieta. Piensa en los romanos poniendo cada piedra del puente hace ya mil años, calcula los hombres trabajando y la disposición de los materiales, el paso de los días mientras la obra majestuosa crecía para servir de alfombra ante la puerta de la ciudad amurallada. Disfruta al comprender la permanencia de la matemática en cada una de las partes del puente, de la mezquita, de los caminos de la ciudad. Sus babuchas no lo protegen del frío incipiente, entonces camina a prisa para aliviarse de los primeros envites del invierno, su cuerpo arrastra ya seis décadas de trabajo con apenas dos días descansados en toda su vida: el día de su boda y el día de la muerte de su padre. Ya entre la muchedumbre se maravilla con un grupo de mujeres que tejen en un rudimentario telar, su imaginación copia los hilos en líneas matemáticas que se multiplican como si las manos pudieran ya tejer sin los ojos. Su pensamiento lucha entre la inmediatez de los colores, de los olores, de las formas, y su incorruptible disposición por la pregunta de las razones de existencia del orden de las cosas en la naturaleza, de la razón de ser de las cosas posibles por el trabajo de los hombres y las mujeres como producto de arduas jornadas de observación, de estudio y de arrojo. Disfruta de sus correrías por los callejones con mercaderes, ya sea por los arcoíris de colores de frutas como la granada, el melón y los albaricoques; ya por la invitación de los olores como el alhelí, la rosa, la madreselva y el jazmín; ya porque la sed y en cansancio le ofrecían un diccionario de bebidas y alimentos: una sidra tolerada, o el censurado y apetecido vino, o una lista de sabores para la mesa como la berenjena, la alcachofa, la endibia, el espárrago, entre la hortalizas, y otros platos de fina preparación como los alfajores, pestiños, albóndigas con comino, cuscús, pastel con guisantes y merluza, pescado con salsa de

Reivindica a la mujer, pregona su derecho a dar el consentimiento para casarse, reclama la denuncia de malos tratos, no exige la obligación del uso del velo, rechaza la poligamia, y su mayor proclama: la mujer puede participar en política, la mujer puede y debe desarrollar su intelecto en la escuela y no debe quedar reducida a las tareas del hogar.

cilantro verde o berenjenas rellenas; ya por los corrillos de mujeres comprando aceites aromáticos, perfume de almizcle y jazmín, jabón para el cabello, antimonio para realzar la mirada, corteza de nuez para tintar labios. No solo aprueba este derroche de su belleza, sino que, aunque sus ojos no se detienen en esos rostros que admira, su mirada se torna interior, reivindica a la mujer, pregona su derecho a dar el consentimiento para casarse, reclama la denuncia de malos tratos, no exige la obligación del uso del velo, rechaza la poligamia, y su mayor proclama: la mujer puede participar en política, la mujer puede y debe desarrollar su intelecto en la escuela y no debe quedar reducida a las tareas del hogar. Incluso aprende de una disputa mediada por el almotacén de un zoco entre un mercader y su cliente. Las bocas y las manos pasan de las palabras a las monedas, *dinares*, *dirhems* y *feluses* sirven de traductores entre unos y otros. Averroes es un gran observador del mundo y su oficio de filósofo fue de comentar de la sabiduría que se escapa a la mayoría de quienes se cruzan con sus pasos mientras comercian en el zoco.

De regreso a casa observa una madraza, imagina a los jóvenes y la sed de sus preguntas, quisiera dialogar con todas esas voces que

indagan las causas de los hechos, agradece a Dios la maravilla del mundo y la posibilidad de sus preguntas. El agua de las fuentes y de los baños públicos diseminados por toda la ciudad trae música natural a sus oídos siempre atentos. En sus rutinarias jornadas de estudio, en su aposento, mientras trabaja en una traducción de una traducción, el maestro cordobés recuerda el año de su nacimiento (1126), una cifra ya lejana cubierta por la sabiduría en su equipaje; es un hombre cuya mirada y pensamiento doblegan el horizonte inmediato. No ignora que en pocos años sabremos la cifra de su lápida en el cementerio (1198). Tampoco ignora que las verdades abstractas de la ciencia se manifiestan de modo concreto en la vida de cada hombre, de cada mujer, de cada pueblo. Cuando entre sus escritos y lecturas, un pasaje entra en conflicto entre las demostraciones de la ciencia y las letras del Corán, él asume la lectura alegórica, él interpreta el texto sagrado como metáfora. Un tesoro le acompaña incluso en el destierro: el trabajo arduo de cada día, el estudio minucioso de todos los signos a su alrededor. Averroes es un renacentista en pleno siglo XII, se anticipa a la figura y fama de Leonardo da Vinci en el Renacimiento. Sus ojos, sus manos, su pensamiento han tejido desde todos los hilos de la realidad el complejo tapete del conocimiento del mundo. Ha labrado más preguntas que respuestas, ha indagado desde la medicina, desde el derecho, desde la matemática, desde el arte, solo una cosa: el modo como el ser humano piensa. No ha cesado un día, no ha desperdiciado una experiencia, todo ha sido apenas un puente, una excusa: indagar cada hecho, ha supuesto la indagación sobre el modo de la pregunta, sobre la posibilidad de la pregunta y de la respuesta. Su meta no es la solución ni la explicación de la necesidad de la verdad, eso lo deja a Dios. Su meta es la posibilidad de una indagación domesticada, un lenguaje que permita la comprensión del mundo a los mortales. Los seres humanos ceden la explicación de la necesidad de la explicación del mundo a Dios

o a los dioses; los ciudadanos, a través de la ciencia, construyen el sentido de lo posible. Averroes ha dejado el reino de lo necesario a la religión y abraza mediante la duda y el cálculo en el mundo de los posible. Es un filósofo que escudriña, antes que los hechos, el modo como estos suceden; aunque su sabiduría tiende puentes a las posibilidades de incurrir en el mundo de los hechos concretos. Ya sea en la medicina, como en su libro *Kulliyat*, sobre sus descubrimientos en la medicina, hace gala de su aguda observación para coleccionar y relacionar las causalidades de los hechos del mundo; incluso escribe *Comentarios a Galeno*, un texto confuso y fragmentado sobre el legado del sabio griego. Ejerce como médico de la realeza en sus últimos años. Su sabiduría no solo estuvo para salvar otras vidas sino la suya propia, no solo por su conocimiento del cómo funciona el cuerpo; sino porque tal vez supo comprender los caminos cruzados entre la verdad de la ciencia y los intereses del poder político y religioso, supo lidiar la confrontación entre los abusos de poder y los argumentos del sabio. Ya sea en el derecho, estudió la tradición jurídica musulmana y del Califato en su hogar (su abuelo y su padre fueron cadíes), gobernantes y jueces de sus territorios; el heredero de esta tradición de juristas, Ibn Rushd sería juez de Sevilla y de Córdoba. Escribiría en su libro *Bidaya* sobre el derecho islámico, rechaza la guerra santa por innecesaria en su tiempo; en otro, *Fasl al-maqal*, diserta sobre la separación de la iglesia y el Estado. Ya sea como filósofo, cuando se ocupa en extenso y admiración de las abstracciones del Platón de la República, aunque su búsqueda incesante de sentido práctico para encontrar las posibilidades de los hombres y las mujeres en el mundo le acerca con fervor a las disertaciones de Aristóteles alrededor de lógica, de la naturaleza, de hechos racionales y sistemáticos de la vida. En otros campos no se rinde ante la circunstancia de enfrentarse en los textos de su trabajo al desafío de otras lenguas, entonces funge de traductor, de mediador entre las fuentes y sus preguntas.

Sus ojos, sus manos, su pensamiento han tejido desde todos los hilos de la realidad el complejo tapete del conocimiento del mundo. Ha labrado más preguntas que respuestas, ha indagado desde la medicina, desde el derecho, desde la matemática, desde el arte, solo una cosa: el modo como el ser humano piensa.

Ha sido un protegido de la realeza árabe del Al-Ándalus. Pero su suerte ha desbordado los límites de lo razonable para su tiempo. Es un discípulo de los griegos, ignora que la tragedia narra su suerte. Apenas unos siglos después se podrá leer su legado. Mientras tanto, la causalidad de los hechos de la naturaleza y del mundo se mantendrá dentro de los dominios de Dios. Su sabiduría agota el espacio de lo posible en el Al-Ándalus *dominado* por la necesidad de imponer la hegemonía musulmana frente a la cristiana, dominio que pronto irá en decadencia, hasta la caída de Granada en 1492. Averroes descifra el mundo a su alrededor, sabe que tarde o temprano será desterrado. Como Sócrates, es la cicuta o el destierro. El destino eligió para Averroes el destierro en sus últimos días. La lucha del mundo musulmán frente al mundo cristiano se interpone con su sabiduría. Averroes no puede caminar por las calles de Córdoba sin poner en movimiento los colores, las formas, los juicios; aunque debe transitar en sus escritos entre la ciencia y el determinismo divino, en su libro *Tahafut*, busca refutar al teólogo del islamismo, Al-Ghazali, quien en su libro *La incoherencia de los filósofos* (1093), niega la importancia de

la ciencia, el sentido de causalidad explicada por esta respecto a los fenómenos y reduce todos los hechos a la voluntad de Dios.

Un año de mala Luna, un día la suerte del poder traiciona sus razones. Abu Yaqub, su protector en la corte muere (1182); su sucesor, Abu Yusuf al-Mansur, ante la necesidad de enfrentar a los cristianos desde una orilla radical, acusa a Averroes, le acusa de delitos políticos, le expulsa en principio a las pequeñas ciudades de Lucena y de Cabra, al sur del Al-Ándalus, luego a Marrakech, en África, donde recupera el favor de la corte, aunque ya con la muerte en su calendario. Averroes se ocupa de la ciencia, incluso reflexionaba el modo como el pensamiento era posible; pero el Al-Ándalus enfrentaba otras necesidades divinas, la lucha entre Occidente y Oriente, la reconquista de las tierras sagradas alrededor de Jerusalén. Ibn Rushd es apenas un hombre, un pensador, un servidor de Dios y de las dinastías árabes de ese maravilloso mundo mestizo, polifónico y convulsionado del sur de la península ibérica. Ese hombre y sus pensamientos ya con visos de Renacimiento, ya con razones modernas, es un eslabón suelto en la lucha entre los árabes –almorávides y almohades– del Al-Ándalus y la Reconquista española¹. El diálogo secreto entre el sabio Averroes y el legado de Platón y Aristóteles, entre otros sabios griegos, tardará varios siglos para sobreponerse al protagonismo de su tiempo del choque entre el islam y el cristianismo. Ibn Rushd, conocido por nosotros como Averroes, morirá lejos de su natal Córdoba, entre sus sueños no revelados estaba justamente el labrar un camino de las verdades de la ciencia sin caer en conflicto con el camino de las verdades de Dios; hecho que lo condujo a otra conjetura: la necesidad de separar las leyes del Estado de los preceptos de la religión.

¹ La Reconquista española sobre el Al-Ándalus tendrá su desenlace mayor el 2 de enero de 1492 cuando en Granada capitula Boabdil, el último rey Nazarí.